

El cristiano y la familia

El cristiano y la familia /5

**Autor: Max Billeter**

# El cristiano y la familia /5

Pasemos ahora al segundo principio importante. En un matrimonio cristiano, el propósito que Dios dio al hombre y a la mujer también debe ser visible. En Génesis 1:27 leemos que Dios creó al hombre y a la mujer, es decir, varón y hembra los creó. Dios establece deliberadamente distinciones entre el hombre y la mujer. Un hombre es un hombre y una mujer es una mujer. Las diferencias no son solo externas. También conciernen a la esencia. El hombre tiene una naturaleza diferente a la de la mujer. En relación con esto, el hombre tiene tareas diferentes a las de la mujer. Satanás intenta hoy difuminar totalmente las diferencias; pero como cristianos también tenemos que ser testigos ante el mundo a este respecto. Veamos un poco más de cerca estas diferencias en las tareas.

Leemos en 1 Corintios 11:3-5: “Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón... Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza; porque lo mismo es que si hubiese rapado”. Los versículos 14 y 15 continúan diciendo: “La naturaleza misma ¿no os enseña que al varón le es deshonoroso dejarse crecer el cabello? Por el contrario, a la mujer dejarse crecer el cabello le es honoroso”. Aquí tenemos ante nosotros un pasaje que nos muestra claramente la diferencia que Dios establece entre el hombre y la mujer. Por supuesto, este capítulo no trata principalmente del matrimonio, sino de una comparación general del hombre y la mujer. Primero vemos los pensamientos generales de Dios sobre este tema, pero luego podemos aplicarlos al matrimonio cristiano y a la vida familiar cristiana.

Para evitar malentendidos, conviene subrayar que la diferencia entre el hombre y la mujer que se muestra en este capítulo no es una diferencia de valor, sino una diferencia de esencia y una diferencia de tareas. Las diferencias de valor no existen con Dios, pero las diferencias de naturaleza y de tareas deberían ser visibles en nuestros matrimonios y ser así un testimonio para Dios.

## **a) El varón**

¿Qué se dice del hombre? Cristo es la cabeza de todo varón. Esto expresa dos cosas. En primer lugar, los maridos y padres cristianos deben mostrar en su vida que están sujetos a Cristo, es decir, que quieren obedecerle. Ante todo, esto es un testimonio para nuestros hijos, pero más allá de eso, es también un testimonio para el mundo. En segundo lugar, ahí reside la idea de que el

varón es dirigido por Cristo como su Cabeza. En todo debemos preguntar a nuestro Señor qué debemos hacer. Si Cristo es realmente nuestra cabeza, esto no solo será audible en nuestras palabras, sino sobre todo visible en nuestros actos.

Pero el varón es también la cabeza de la mujer. Ahí radica la idea de liderazgo y nutrición. El marido dirige y nutre a su mujer y a su familia. Él los representa ante el mundo exterior. En Génesis 18 vemos esto con Abraham. Cuando Dios mismo vino de visita, Abraham estaba sentado a la puerta de su tienda. Ese es —en sentido figurado— el lugar y también la tarea del hombre. Nosotros hombres no queremos eludir nuestras tareas, queremos hacerlas con gusto. Por otro lado, nuestras esposas no deben tratar de invadir las áreas de responsabilidad de los hombres. Satanás también intenta convertir estos pensamientos de Dios en lo contrario en la práctica, y debemos tener cuidado de no dejarnos contagiar por las acciones de la gente que nos rodea.

Hay, por ejemplo, familias cristianas en las que la mujer da las gracias porque el hombre es demasiado tímido. Sin embargo, orar en público es siempre tarea del hombre y no debemos evitarlo ni delegarlo en nuestras esposas.

El hombre es además responsable de la comida en su casa. Esto concierne en primer lugar a las cosas materiales. Todo hombre debe ser capaz de mantener económicamente a su familia. No estamos hablando aquí de circunstancias especiales que puedan surgir, sino del principio general de Dios que es válido y que no queremos anular a la ligera. Sin embargo, no podemos limitar la comida al ámbito material. También pensamos en las necesidades espirituales de nuestras familias. ¿Somos los hombres capaces de dar espiritualmente a nuestra mujer y a nuestros hijos lo que necesitan? Esto requiere que seamos espiritualmente «autosuficientes», que reconozcamos, respondamos y satisfagamos las necesidades de los miembros de nuestra familia.

A continuación, en el capítulo 11 de 1 Corintios, el apóstol Pablo nos muestra dos marcas externas de la posición del hombre cristiano. En primer lugar, cuando ora, no debe llevar la cabeza cubierta. Hace años era común que ningún hombre asistiera a un servicio de adoración con la cabeza cubierta; sin embargo, hoy en día esta admonición es bastante pertinente y debemos prestarle atención. En segundo lugar, el hombre no debe dejarse crecer el cabello. Ahora, uno podría objetar que esto es realmente un asunto de apariencias externas, que no son tan esenciales. Por supuesto, aquí se abordan las apariencias externas, pero Dios no lo hace sin una razón. La apariencia externa también forma parte del testimonio que damos, y la gente del mundo nos juzgará por ella. Lo exterior y lo interior deben coincidir en nosotros. Sin mostrar un espíritu de legalismo, no debemos seguir sin cuestionar todas las tendencias de la moda del mundo.

## **b) La mujer**

En primer lugar, se nos presenta el hecho de que tiene al marido como cabeza. Esto deja claro que adopta una posición de sumisión y se deja dirigir por su marido. Cuando una mujer cristiana observa esto, no solo proporciona una vida familiar feliz, sino que al mismo tiempo es un testimonio vivo para Dios en este mundo.

Según el pensamiento de Dios, el lugar de la mujer está más bien en el ámbito interior. Volvamos a Génesis 18, en el cual Dios visitó a Abraham. Allí le preguntó específicamente dónde estaba Sara. ¿No lo sabía Dios? Lo sabía; pero como es importante para nosotros, se hace la pregunta. La respuesta fue que Sara estaba en la tienda. Somos conscientes de que especialmente nuestro tiempo hace difícil que las mujeres vivan de acuerdo con estas pautas, pero hay una rica bendición si lo hacen.

Llegados a este punto, unas palabras especiales se dirigen a los padres que tienen niñas. Los hijos y las hijas son un regalo especial de Dios. Si el Señor nos da niñas, es nuestra responsabilidad criarlas también para que sean verdaderas mujeres. Asimismo, es necesario criar a un niño para que sea un hombre. Sin embargo, criar a una niña para que sea una mujer no es nada fácil en el mundo actual. La tendencia a formar a las jóvenes en profesiones típicamente masculinas se ha vuelto muy común. Por eso no es tan fácil criar bien a las niñas. Se empieza con los juguetes, se sigue con las actividades de ocio y se termina con la elección de la profesión. Hay muchas profesiones en las que está claro desde el principio que una mujer cristiana no puede desempeñar su carga porque, por ejemplo, tendría que gobernar a hombres que le están subordinados.

Está claro que tenemos ante nosotros un terreno difícil y no queremos decir demasiado. En todo podemos pedir sabiduría al Señor. No obstante, con todo cariño, pero también con toda seriedad, queremos señalar que no es bueno que las mujeres asuman una profesión que no les dé la oportunidad de corresponder a su posición de mujeres cristianas. Si tal situación se produce de forma involuntaria, eso es ciertamente otra cosa.

Dos marcas externas caracterizan también a las mujeres cristianas. Estas marcas no fueron inventadas por los hombres, sino que Dios nos las proporciona. En primer lugar, cuando una mujer ora o profetiza, debe cubrirse la cabeza. En segundo lugar, deja crecer su cabello, es decir, que le crece libremente. Aquí solo presentamos los principios de Dios. La Palabra de Dios es sencilla y clara, y no necesitamos discutir largo y tendido para averiguar lo que está permitido y lo que no. Nos inclinamos ante la Palabra de Dios con toda sencillez y hacemos lo que él nos dice.

El tercer y último principio que queremos analizar se refiere a la relación entre padres e hijos. Efesios 6:1-4 dice: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor”. Aquí tenemos directivas para los padres —y por tanto indirectamente para las madres— y para los hijos. Se dirige a cada uno personalmente, y hacemos bien en prestar atención a lo que se aplica a nosotros.

A los niños se les dice primero: “Obedeced... a vuestros padres”. Puede que este principio no esté de moda, pero es divino. Al obedecer, nuestros hijos son un testimonio para su Señor. No se trata aquí de una obediencia forzada, sino de que los hijos hagan con alegría lo que dicen sus padres. Los hijos obedientes siguen a su Señor porque él es su ejemplo. Cuando vivía como hombre en esta tierra, se dice de él, el Creador de todas las cosas: “Y estaba sujeto a” sus padres (Lucas 2:51).

En segundo lugar, a los hijos se les dice: “Honra a tu padre y a tu madre”. En general, los padres ya no dan a sus hijos adultos órdenes que deban obedecer. Lo que queda es, que los hijos deben honrar a sus padres. Esto nos habla a todos. En circunstancias como cuando los padres han envejecido y tal vez estén enfermos, nos resulta difícil honrarlos. Honrarles significa visitarles, llevarles alegría, ayudarles cuando lo necesitan. Incluso si han muerto, no dejamos de honrarles y de hablar bien de ellos. Recordemos que incluso en este asunto podemos ser testigos para Dios, porque en este mundo a menudo prevalecen otros hábitos.

A continuación se dirige a los padres. En primer lugar, se les pide que no provoquen a ira a sus hijos. Si reaccionamos carnalmente, puede ocurrir fácilmente que provoquemos la ira de nuestros hijos y los desanimemos. También los provocamos a la ira cuando les pedimos demasiado, exigencias a las que no pueden hacer frente. Ahí reside un gran peligro para nosotros los padres. Nuestros hijos no son perfectos y por ello necesitan ser criados. Un niño de diez años aún no es un adulto y se comportará de forma diferente en consecuencia. Debemos tener esto en cuenta. Comportándonos de forma controlada con nuestros hijos, podemos ser testigos para Dios.

En segundo lugar, es tarea de los padres criar a sus hijos en disciplina y amonestación del Señor. Disciplina y amonestación son los principios divinos de la educación de Dios con nosotros, y los mismos principios aplicamos en la instrucción de nuestros hijos. Disciplina no significa principalmente castigo corporal, aunque también está incluido. Disciplina significa en primer lugar

establecer barreras mediante las cuales se impida a nuestros hijos descarriarse. Dios ha puesto en la naturaleza de los niños la búsqueda de límites, y nosotros debemos establecerlos para ellos. Si somos laxos en esto, nuestros hijos se vuelven revoltosos y con ello dañan el testimonio para el Señor.

Si la disciplina se refiere a lo que los niños no deben hacer, la amonestación tiene que ver con decirles a nuestros hijos lo que deben hacer. Amonestar significa mostrar el buen camino. Quienes solo muestran a sus hijos lo que no deben hacer dan lugar a que se desanimen. Ambas partes, disciplina y amonestación, deben estar en equilibrio.

En este mundo se aplican otros principios de crianza, si es que aún se puede hablar de crianza. ¡Qué testimonio pueden dar las familias cristianas en las que se mantienen principios piadosos!